

LA VIRTUD DE LA FORTALEZA

Los filósofos han hablado de la virtud cardinal o moral¹ de la fortaleza como la fuerza de ánimo para buscar el bien con constancia, resistir las tentaciones y superar los obstáculos que encontramos en el camino. Incluye valor y determinación para avanzar con realismo y arriesgar con prudencia en situaciones difíciles. Es la fuerza que capacita para entregar la vida por una causa justa, así como para superar el desaliento y la desesperanza.

La virtud de la fortaleza, como lo atestigua la historia de la filosofía y de las religiones, reclama en todo momento una superación de la debilidad humana y, ante todo, del miedo ante el peligro y el sufrimiento².

Todo esto es hermoso y bueno. Y no obstante la palabra de Dios abre nuevas perspectivas con relación a la virtud de la fortaleza, que queremos ahondar en la meditación. Cierto, la Biblia habla y ensalza la fuerza, pero también anuncia la caída final de los fuertes y violentos, y el triunfo de los pequeños, débiles y pacíficos. La Biblia reenvía a la paradoja divina: *Dios muestra su poder en la debilidad de sus siervos*. El apóstol Pablo recordaba esto a una agitada comunidad que pretendía ser fuerte y significativa en la rica, culta y religiosa ciudad de Corinto, frente a las prestigiosas comunidades judías y paganas, Pablo recordaba a la irrelevante comunidad cristiana la paradoja de la cruz (volveré sobre ello),

Fijaos en vuestra asamblea, hermanos: no hay en ella muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas; sino que, lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios, y lo débil del mundo lo ha escogido Dios para humillar lo poderoso. Aún más, ha escogido la gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta, para anular a lo que cuenta, de modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor. A él se debe que vosotros estéis en Cristo Jesús, el cual se ha hecho para nosotros sabiduría de parte de Dios, justicia, santificación y redención. Y así —como está escrito—: el que se gloríe, que se gloríe en el Señor. (1Cor 1, 26-31)

El apóstol no hace una ideología de lo débil, pero exhorta a la comunidad a la luz del Crucificado a la fortaleza en la debilidad. La llamada a ser fuertes y valientes resuena a lo largo de la Biblia. Baste en esta introducción a la meditación recordar dos testimonios de la máxima importancia para una vida profética de acuerdo con la consagración en la secularidad. Moisés y Jeremías invocaban su debilidad e incapacidad, para eludir la misión, para la que eran llamados. Moisés invoca su incapacidad para hablar. Jeremías que era un muchacho. Dios no acepta sus excusas y les promete su presencia. Dios se compromete a estar con ellos y a dirigir los acontecimientos mediante su palabra.

¹ La fortaleza es la virtud moral que asegura en las dificultades la firmeza y la constancia en la búsqueda del bien. Reafirma la resolución de resistir a las tentaciones y de superar los obstáculos en la vida moral. La virtud de la fortaleza hace capaz de vencer el temor, incluso a la muerte, y de hacer frente a las pruebas y a las persecuciones. Capacita para ir hasta la renuncia y el sacrificio de la propia vida por defender una causa justa. “Mi fuerza y mi cántico es el Señor” (Sal 118, 14). “En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: Yo he vencido al mundo” (Jn 16, 33). (CIC 1808)

² Se ha hablado que la fortaleza tiene como compañeras la paciencia (capacidad para soportar con resignación activa las pruebas), la perseverancia y constancia, la longanimidad (grandeza de ánimo en las adversidades), la magnanimidad (generosidad y nobleza de espíritu) y la magnificencia (generosidad y liberalidad en obras materiales).

Moisés dijo al Señor: «¡Por favor, Señor mío! Yo nunca he sido un hombre con facilidad de palabra, ni siquiera después de que tú has hablado con tu siervo, pues soy torpe de boca y de lengua». El Señor le dijo: «¿Quién dio la boca al hombre? ¿Quién lo hace mudo o sordo, vidente o ciego? ¿No soy yo, el Señor? Ahora pues, ve: yo estaré con tu boca y te enseñaré lo que has de decir». Insistió Moisés: «¡Por favor, Señor mío! Envía al que quieras». Entonces se encendió la ira del Señor contra Moisés y le dijo: «¿No está ahí tu hermano Aarón, el levita? Sé que él habla bien; además, él saldrá a tu encuentro y se alegrará de corazón al verte. Tú le hablarás y pondrás las palabras en su boca. Yo estaré con tu boca y con su boca, y os enseñaré lo que tenéis que hacer. (Ex 4, 10-15)

Pero tú cíñete los lomos: prepárate para decirles todo lo que yo te mande. No les tengas miedo, o seré yo quien te intimide. Desde ahora te convierto en plaza fuerte, en columna de hierro y muralla de bronce, frente a todo el país: frente a los reyes y príncipes de Judá, frente a los sacerdotes y a la pueblo de la tierra. Lucharán contra ti, pero no te podrán, porque yo estoy contigo para librarte —oráculo del Señor—. (Jer 1, 17-19)

Tras el paso del mar Rojo, Israel canta: «Cantaré al Señor, gloriosa es su victoria, caballos y carros ha arrojado en el mar. Mi fuerza (fortaleza) y mi poder es el Señor, él fue mi salvación. Él es mi Dios: yo lo alabaré; el Dios de mis padres, yo lo ensalzaré». La fortaleza de los débiles y oprimidos se encuentra en el Señor. Por ello Israel proclama: «El Señor es un guerrero, su nombre es el “Señor”» (Ex 15, 1-3). Los anawim, cuyo símbolo es Jeremías, recuerdan en los salmos cómo Dios es su verdadera fortaleza. Dios es la roca que los salva. «Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza; Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador. Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte...» (Sal 18 [17], 2-3)

Como texto de referencia para nuestra meditación, propongo un texto paulino de suma importancia para vivir el don del carisma apostólico.

Por esta razón te recuerdo que reavives el don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos, **pues Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, de amor y de templanza.** Así pues, no te avergüences del testimonio de nuestro Señor ni de mí, su prisionero; antes bien, toma parte en los padecimientos por el Evangelio, según la fuerza de Dios. Él nos salvó y nos llamó con una vocación santa, no por nuestras obras, sino según su designio y según la gracia que nos dio en Cristo Jesús desde antes de los siglos, la cual se ha manifestado ahora por la aparición de nuestro Salvador, Cristo Jesús, que destruyó la muerte e hizo brillar la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio. De este Evangelio fui constituido heraldo, apóstol y maestro. Esta es la razón por la que padezco tales cosas, pero no me avergüenzo, porque sé de quién me he fiado, y estoy firmemente persuadido de que tiene poder para velar por mi depósito hasta aquel día. Ten por modelo las palabras sanas que has oído de mí en la fe y el amor que tienen su fundamento en Cristo Jesús. Vela por el precioso depósito con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros. (2Tim 1, 6-14)

Para adentrarnos en el «espíritu de fortaleza» vamos a hacer un pequeño recorrido por el Antiguo y el Nuevo Testamento, a fin de descubrir cómo estamos llamados a vivir el don de la fortaleza en lo concreto de nuestra vocación y misión.

I.- LA VIRTUD DE LA FORTALEZA EN LOS PROFETAS

Israel soñó siempre con ser fuerte en medio de los pueblos e imperios de este mundo. Buscaba defenderse de sus enemigos e imponerse a ellos. Un sueño razonable, que se enraíza en el deseo de vida y libertad que anima a todo ser humano. Pero hoy, como ayer, el sueño de ser fuerte, desde el momento que el pecado quebró la comunión con Dios y con

los demás, hace que se levanten barreras y veamos el crecimiento de los demás como una amenaza para nuestro futuro. Y así existe el riesgo de confundir la virtud de la fortaleza con el empleo de la fuerza propia de los medios humanos.

Israel sucumbió a la tentación de la fuerza, pues quería ser como las naciones fuertes y poderosas. Cuando los israelitas pidieron un rey y Samuel les alertó del peligro que entrañaba su petición, ellos respondieron: «No importa. Queremos que haya un rey sobre nosotros. Así seremos como todos los otros pueblos. Nuestro rey nos gobernará, irá al frente y conducirá nuestras guerras». (1S 8, 1-22)

El querer ser como los demás pueblos es una gran tentación. Es la reacción mimética. Y también nos asalta hoy en la Iglesia. Queremos ser fuertes en medio de la sociedad. Lo justificamos en el hecho de llevar a cabo algo bueno, como es socorrer al necesitado, dotar a la sociedad de unos valores, eliminar a los enemigos del pueblo y del Evangelio. Pero se pierde de vista con frecuencia la sutil tentación que se esconde detrás. Volveré sobre ello.

Los profetas de la alianza se alzaron contra el sueño de Israel, pues constataban cómo la sed de poder y fuerza conducía al olvido del Dios de la alianza. El deseo de ser como los demás pueblos, fuertes y poderosos, inducía a la apostasía, la idolatría y la injusticia.

Isaías denunció con vehemencia al pueblo y sus dirigentes que buscaban aliarse con las potencias históricas del momento, en lugar de poner su confianza en la fuerza proveniente de Dios.

¡Ay de los hijos rebeldes! —oráculo del Señor—, que hacen planes sin contar conmigo, que sellan alianzas contrarias a mi espíritu añadiendo así pecado a pecado, que bajan a Egipto sin consultar mi parecer, para buscar la protección del faraón y refugiarse a la sombra de Egipto. Pues bien, la protección del faraón será su deshonor, y refugiarse a la sombra de Egipto, su oprobio. (Is 30, 1-3)

Jeremías, símbolo de los anawim, de los pobres según Dios, ahonda e interioriza el tema: ¿En quién debemos poner nuestra confianza? Su respuesta es muy significativa.

Esto dice el Señor: «Maldito quien confía en el hombre, y busca el apoyo de las criaturas, apartando su corazón del Señor. Será como cardo en la estepa, que nunca recibe la lluvia; habitará en un árido desierto, tierra salobre e inhóspita. Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza. Será un árbol plantado junto al agua, que alarga a la corriente sus raíces; no teme la llegada del estío, su follaje siempre está verde; en año de sequía no se inquieta, ni dejará por eso de dar fruto. (Jer 17, 5-8)

Sofonías nos introduce en una perspectiva muy significativa. La esperanza del pueblo insignificante se halla en Dios y no en los poderosos de este mundo.

Dejaré en ti un resto, un pueblo humilde y pobre que buscará refugio en el nombre del Señor. El resto de Israel no hará más el mal, no mentirá ni habrá engaño en su boca. Pastarán y descansarán, y no habrá quien los inquiete. Alégrate hija de Sión, grita de gozo Israel, regocíjate y disfruta con todo tu ser, hija de Jerusalén. El Señor ha revocado tu sentencia, ha expulsado a tu enemigo. El rey de Israel, el Señor, está en medio de ti, no temas mal alguno. (Sof 3, 12-15)

La fortaleza del Siervo es muy diferente a la fuerza propia de las potencias del mundo. Isaías, el profeta de la fe y la santidad de Dios presenta en términos muy significativos la fortaleza del Siervo.

Mirad a mi Siervo, a quien sostengo; mi elegido, en quien me complazco. He puesto mi espíritu sobre él, manifestará la justicia a las naciones. No gritará, no clamará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará, la mecha vacilante no la apagará. Manifestará la justicia con verdad. No vacilará ni se quebrará, hasta implantar la justicia en el país. En su ley esperan las islas. (Is 42, 1-4)

Ahora bien, el Antiguo Testamento no se contenta con denunciar el camino errado de los que buscan la fuerza y el poder al estilo de las potencias de este mundo. Él nos muestra el dinamismo de la fortaleza según Dios. Baste recordar algunos textos de especial relieve.

A Abrahán, Dios le dirige esta palabra: «No temas, Abrán, yo soy tu escudo, y tu paga será abundante». (Gen 15, 1) Moisés decía al pueblo: «Mira: el Señor, tu Dios, te entrega esta tierra. Sube y toma posesión de ella, como te ha dicho el Señor, Dios de tus padres. No temas ni te acobardes». (Dt 1, 21) «¡Sed fuertes y valientes, no temáis, no os acobardéis, ante ellos!, pues el Señor, tu Dios, va contigo, no te dejará ni te abandonará». (Dt 31, 6) Y a Josué, Moisés le dijo delante de todo el pueblo:

«Sé fuerte y valiente, porque tú has de introducir a este pueblo en la tierra que el Señor, tu Dios, juró dar a tus padres y tú se la repartirás en heredad. El Señor irá delante de ti. Él estará contigo, no te dejará ni te abandonará. No temas ni te acobardes». (31, 7-8)

Dios dice reiteradamente a Josué: «¡Tú, ten ánimo, sé valiente!» (cf. Jos 1, 1-18) El consejo de David a su hijo Salomón se mueve en esta misma perspectiva: «Yo emprendo el camino de todos. Ten valor y sé hombre. Guarda lo que el Señor tu Dios manda guardar siguiendo sus caminos...» 1R 2, 2s) La fortaleza está en Dios y en seguir sus caminos.

El profeta Ageo animaba a unos y otros, tras la prueba del Exilio, a reconstruir el templo y la vida del pueblo con estas palabras:

¡Ánimo, pues, Zorobabel —oráculo del Señor—; ánimo también tú, Josué, | hijo de Josadac, sumo sacerdote. ¡Ánimo gentes todas! —oráculo del Señor—. ¡Adelante, que estoy con vosotros! —oráculo del Señor del universo—. Ahí está mi palabra, la que os di al sacaros de Egipto; y mi espíritu está en medio de vosotros. ¡No temáis! (Ag 2, 4-5)

Y el profeta promete al pueblo en nombre de Dios: «Y derramaré paz y prosperidad en este lugar, oráculo del Señor del universo». (2, 9) La fortaleza del creyente reside en la palabra de Dios. Al apoyarse en ella está seguro de triunfar.

II.- EL MESÍAS Y EL «ESPÍRITU DE FORTALEZA».

Como sabemos y creemos, la palabra de los profetas se orienta en todo momento hacia el futuro mesiánico. Pablo recordaba cómo la descendencia prometida a Abrahán y a David es Cristo. Moisés anunció cómo Dios suscitaría un profeta en los últimos tiempos (cf. Dt 18, 9-22). Por ello la muchedumbre pensaba que el profeta de los tiempos últimos podía ser Jesús. Pero centremos ahora nuestra atención en un texto mesiánico muy significativo del profeta Isaías. En él se nos dice cómo el espíritu del Señor se posará sobre el Mesías:

Pero brotará un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz florecerá un vástago. Sobre él se posará el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y entendimiento, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor... (Is 11, 1-9)

El «espíritu del Señor» es un «espíritu de consejo y fortaleza». Sostenido y animado por este espíritu del Señor, el Mesías hará justicia a los pobres y sencillos de la tierra, recreará la paz entre los pueblos de la tierra, hará que el verdadero conocimiento de Dios fecunde la historia. Ahora bien, el Mesías, como revelan los evangelios, llevará adelante su misión de acuerdo con la fortaleza propia del Siervo. Con corazón manso y humilde, con su tenacidad silenciosa y discreta hará que triunfe el derecho y la justicia, luchará contra el pecado y la salvación del pecador. Lejos de levantar barreras, recreará la paz y comunión entre los pueblos. Y todo esto lo llevará a cabo en la debilidad de la carne.

El evangelista Juan dice que el Espíritu descendió y permaneció sobre Jesús. Lucas, por su parte, presenta de forma sugerente cómo la misión pública de Jesús se desarrolla en la fuerza del Espíritu. La evangelización de los pobres, la liberación de los oprimidos... etc., es la forma suprema de hacer justicia a los pobres, como señalase la voz profética.

Jesús volvió a Galilea con la fuerza del Espíritu; y su fama se extendió por toda la comarca. [...] «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor». [...] Y él comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír». (Lc 4, 14-21)

La existencia, oración, palabra, acción, misión y pascua de Jesús de Nazaret se desarrolló, en efecto, con la fuerza y poder del Espíritu. En el Espíritu oraba y daba gracias por el beneplácito del Padre de revelarse a los pequeños y sencillos. En el Espíritu anunciaba y daba testimonio de la llegada del reino de Dios. En el Espíritu expulsaba al demonio, el verdadero enemigo del hombre. En el Espíritu avanzaba hacia su éxodo que se consumaría en Jerusalén. En el Espíritu de consejo y fortaleza, como enseña la carta a los Hebreos, Jesús entregó su vida para dar la vida en abundancia al mundo. En efecto, sostenido por el Espíritu, Jesús se ofreció como sacrificio de rescatarnos del poder del pecado.

Si la sangre de machos cabríos y de toros, y la ceniza de una becerra, santifican con su aspersión a los profanos, devolviéndoles la pureza externa, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, para que demos culto al Dios vivo! (Hb 9, 13-14)

La fuerza del Espíritu de la verdad y libertad se reveló plenamente, de una vez para siempre, en la debilidad del Crucificado. Estamos, en última instancia, ante la fuerza del amor inaudito de Dios revelado en la Pascua del Hijo enviado en la debilidad de la carne. Lo que habían anunciado los profetas se realiza de forma insospechada y maravillosa. En la muerte y resurrección de Jesús acontece la nueva creación. Cristo es nuestra paz. La fuerza del amor revelado en la sangre de Cristo ha derribado el muro de la enemistad y alumbrado el hombre nuevo en él.

Ahora, gracias a Cristo Jesús, los que un tiempo estabais lejos estáis cerca por la sangre de Cristo. Él es nuestra paz: el que de los dos pueblos ha hecho uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba: la enemistad. Él ha abolido la ley con sus mandamientos y decretos, para crear, de los dos, en sí mismo, un único hombre nuevo, haciendo las paces. Reconcilió con Dios a los dos, uniéndolos en un solo cuerpo mediante la cruz, dando muerte, en él, a la hostilidad. Vino a anunciar la paz: paz a vosotros los de lejos, paz también a los de cerca. Así, unos y otros, podemos acercarnos al Padre por medio de él en un mismo Espíritu. Así pues, ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios. Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular. Por él todo el edificio queda

ensamblado, y se va levantando hasta formar un templo consagrado al Señor. Por él también vosotros entráis con ellos en la construcción, para ser morada de Dios, por el Espíritu. (Ef 2, 13-22)

Con razón afirma el apóstol que la sabiduría y el poder de Dios se ha manifestado en «el logos de la cruz».

Pues el mensaje de la cruz es necedad para los que se pierden; pero para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios. Pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, frustraré la sagacidad de los sagaces. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el docto? ¿Dónde está el sofista de este tiempo? ¿No ha convertido Dios en necedad la sabiduría del mundo? Y puesto que, en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios por el camino de la sabiduría, quiso Dios valerse de la necedad de la predicación para salvar a los que creen.

Pues los judíos exigen signos, los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero para los llamados —judíos o griegos—, un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Pues lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres. (1Cor 1, 18-25)

La fortaleza de Jesús, el Mesías, reside en el amor. Por amor el Padre envió a su Hijo al mundo en una carne débil. En la comunión con el amor del Padre, y sostenido por el Espíritu, amó a los suyos hasta el extremo y se ofreció en sacrificio para dar la vida en abundancia a sus hermanos. Ungido con el Espíritu fue a evangelizar a los pobres, liberar a los cautivos, dar la vista a los ciegos y anunciar un año de gracia. La paz de Jesús no se impone, es una verdadera recreación.

Pablo recordaba a los corintios cómo la debilidad de la carne y la fuerza de Dios se reveló en la Pascua de Cristo y en la vida del apóstol. En esta paradoja verifica el cristiano su fe.

Repito ahora, ausente, lo que dije en mi segunda visita a los que pecaron antes y a todos en general: que, cuando vuelva, no tendré miramientos, **tendréis la prueba que buscáis de que Cristo habla por mí; y él no es débil con vosotros, sino que muestra su fuerza entre vosotros. Pues es cierto que fue crucificado por causa de su debilidad, pero ahora vive por la fuerza de Dios. Lo mismo nosotros: somos débiles en él, pero viviremos con él por la fuerza de Dios para vosotros.** Examinad vosotros si os mantenéis en la fe. Comprobadlo vosotros mismos. ¿O no reconocéis que Cristo Jesús está en vosotros? ¡A ver si no pasáis la prueba! Aunque espero que reconozcáis que nosotros sí la hemos pasado. Rogamos a Dios que no hagáis nada malo; no para que parezca que nosotros hemos pasado la prueba, sino para que vosotros practiquéis el bien, aunque parezca que no la hemos pasado. Pues no podemos hacer nada contra la verdad, sino a favor de la verdad. En efecto, nos alegramos siendo débiles, con tal de que vosotros seáis fuertes. Todo lo que pedimos es que os enmendéis. Por este motivo, os escribo estas cosas mientras estoy ausente, para no verme obligado a ser tajante cuando esté presente, con la autoridad que el Señor me ha dado para edificar y no para destruir. (2Cor 13, 1-10)

III.- EL ESPÍRITU DE FORTALEZA Y LOS TESTIGOS DE LA VERDAD

Jesús, antes de pasar de este mundo al Padre, prometió a los suyos el don del Espíritu, el don de los tiempos mesiánicos, el Espíritu que le sostuvo en su éxodo, para que fueran sus testigos ante los confines de la tierra y la consumación de los tiempos. Resucitado de entre los muertos, vencedor del pecado y de la muerte, no ofreció a los suyos medios poderosos

al estilo humano para llevar a cabo la misión, tan solo el otro Paráclito, Espíritu de la verdad y del amor. Ya durante su andadura por la tierra, anunció pruebas y persecuciones, a las que deberían hacer frente con el don del Espíritu Santo.

El testigo de la verdad de Dios, el mártir en sentido estricto, lo hace desde la debilidad. Es un verdadero contrasentido dar testimonio de Jesucristo crucificado desde el poder y la fuerza según el mundo. El apóstol Pablo escribía a la comunidad de Corinto.

Yo mismo, hermanos, cuando vine a vosotros a anunciaros el misterio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y este crucificado. También yo me presenté a vosotros débil y temblando de miedo; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. (1Cor 2, 1-5)

La liturgia, al celebrar el triunfo de los mártires, canta cómo Dios manifiesta las maravillas de su poder en la debilidad y fragilidad del testigo:

«Porque la sangre del glorioso mártir san N., derramada, como la de Cristo, para confesar tu nombre, manifiesta las maravillas de tu poder; pues en su martirio, Señor, has sacado fuerza de lo débil, haciendo de la fragilidad tu propio testimonio; por Cristo, Señor nuestro».

«El espíritu de fortaleza», por tanto, como proclama la incipiente vida de la Iglesia apostólica, se pone de manifiesto en la debilidad. No a pesar de la debilidad, sino en la debilidad de la carne. Y esto se corresponde con lo vivido por el Hijo, como acabo de evocar en la segunda carta a la comunidad de Corinto. Pues bien, en esta misma carta, Pablo recuerda como el poder de Dios se revela en la debilidad de la existencia apostólica:

Pero llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros. Atribulados en todo, mas no aplastados; apurados, mas no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, mas no aniquilados, llevando siempre y en todas partes en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, mientras vivimos, continuamente nos están entregando a la muerte por causa de Jesús; para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De este modo, la muerte actúa en nosotros, y la vida en vosotros.

Pero teniendo el mismo espíritu de fe, según lo que está escrito: Creí, por eso hablé, también nosotros creemos y por eso hablamos; sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús también nos resucitará a nosotros con Jesús y nos presentará con vosotros ante él. Pues todo esto es para vuestro bien, a fin de que cuantos más reciban la gracia, mayor sea el agradecimiento, para gloria de Dios. (2Cor 4, 7-15)

Y a continuación el apóstol relata cómo vive en la fe su debilidad presente, pues está convencido que «la leve tribulación presente» le proporcionara una gloria incalculable. No se fija en lo que se ve y es transitorio, sino en lo que no se ve y es eterno. Él es consciente que Dios le ha dado como garantía el Espíritu, de modo que «camina en fe y no en visión». (cf. 4, 16-4, 10)

Para adentrarse en este camino en su acción apostólica, expresión de la paradoja divina, tal como se había revelado en la cruz del Mesías, Pablo vivió un verdadero combate de fe en la oración. Así nos recuerda «*la ley de todo apostolado*», tal como se verifica a lo largo de toda la historia de la salvación. Dios lleva a cabo su obra salvadora con «*siervos débiles*».

Por la grandeza de las revelaciones, y para que no me engría, se me ha dado una espina en la carne: un emisario de Satanás que me abofetea, para que no me engría. Por ello, tres veces le he pedido al Señor que lo apartase de mí y me ha respondido: «Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad». Así que muy a gusto me glorío de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo. Por eso vivo contento en medio de las debilidades, los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte. (2Cor 12, 7-10)

Ahora bien, la conciencia de no estar a la altura de la misión (cf. 2Cor 2, 14-17), lejos de conducir al apóstol a vivir replegado sobre él, de rehuir el combate de la vida evangélica y de la misión, le fortalece para la lucha. La gracia trabaja en él (cf. 1Cor 15, 1-11). Y así estimula a sus colaboradores y comunidades a caminar con la audacia de los pobres y humildes, con la fuerza del Espíritu. Se trata de perseverar en y con Cristo, para llevar a cabo la obra del Padre (cf. 1Tim 6, 11-16; 2Tim 2, 8-13). He aquí la exhortación dada a la comunidad de Corinto: «**Vigilad, manteneos firmes en la fe, sed valientes y valerosos. Que todo lo vuestro se haga con amor**». (1Cor 16, 13-14) El apóstol auténtico es consciente de su debilidad, pero lejos de ser perezoso y apocado, el amor le hace avanzar con la audacia propia de los humildes, es decir, con la audacia de quien se deja conducir por el Espíritu del Señor.

IV.- LA FUERZA DE LOS DÉBILES EN LA SECULARIDAD

El encuentro con el Resucitado hace que Pablo deje de gloriarse en la ley y en la fuerza de los prepotentes de este mundo, para gloriarse en la cruz de Cristo. A los corintios les recordó que no quiso saber entre ellos sino a Jesucristo y este crucificado. A los gálatas, tentados por las prácticas de la ley, les habla de la libertad del amor y del Espíritu, concluyendo su argumentación con este encendido testimonio:

Los que buscan aparecer bien en lo corporal son quienes os fuerzan a circuncidaros; pero lo hacen con el solo objetivo de no ser perseguidos por causa de la cruz de Cristo. Pues ni los mismos que se circuncidan observan la ley, sino que desean que os circuncidéis para gloriarse en vuestra carne. **En cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo**. Pues lo que cuenta no es la circuncisión ni la incircuncisión, sino la nueva criatura. La paz y la misericordia de Dios vengán sobre todos los que se ajustan a esta norma; también sobre el Israel de Dios. En adelante, que nadie me moleste, pues yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús. (Gal 6, 11-17)

«La palabra de la cruz» es fuerza y sabiduría de Dios, que en nuestra condición de hijos y siervos estamos llamados a testimoniar en la secularidad, esto es, en el mundo y a través de las estructuras de este mundo. Para ello volvemos al inicio de esta meditación, para concretar qué implica vivir nuestra vocación de consagrados en la secularidad, sabiendo que «Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, de amor y templanza».

1.- «**No avergonzarse del testimonio de nuestro Señor**»

Pues Dios es uno, y único también el mediador entre Dios y los hombres: el hombre Cristo Jesús, que se entregó en rescate por todos; este es un testimonio dado a su debido tiempo y para el que fui constituido heraldo y apóstol —digo la verdad, no miento—, maestro de las naciones en la fe y en la verdad. (1Tim 2, 5-7)

He aquí el testimonio de Cristo Jesús, que funda la existencia martirial del apóstol de las gentes y de cuantos desean ser discípulos del Resucitado. El «mártir» según el Nuevo Testamento es, ante todo, quien da testimonio vital y existencialmente de la Pascua de su Maestro y Señor, el Testigo con mayúscula. Y esto lo hace en la fe. Un testimonio que lo introduce en el amor de Cristo por la entera humanidad, incluidos los que lo entregan a la muerte. No avergonzarse de la cruz de Cristo es gloriarse en su cruz. «Me amó y se entregó por mí». El «mártir de la fe» no ha de confundirse con «el héroe» que busca afirmarse frente a sus enemigos. Una cosa es vivir unos valores y otra es ser «testigo del testimonio dado por Jesucristo en el tiempo oportuno», esto es, en su cruz pascual.

Para nosotros la verdad liberadora no se ha de confundir con las verdades de este mundo. Jesucristo es la Verdad que nos libera para la libertad del amor. Y es esta Verdad la que estamos llamados a testimoniar y anunciar en lo concreto de la existencia cotidiana.

2.- El combate de la fe y la esperanza

Tú, en cambio, hombre de Dios, huye de estas cosas. Busca la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. ***Combate el buen combate de la fe***, conquista la vida eterna, a la que fuiste llamado y que tú profesaste noblemente delante de muchos testigos. Delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Cristo Jesús, que proclamó tan noble profesión de fe ante Poncio Pilato, te ordeno que guardes el mandamiento sin mancha ni reproche hasta la manifestación de nuestro Señor Jesucristo, que, en el tiempo apropiado, mostrará el bienaventurado y único Soberano, Rey de los reyes y Señor de los señores, el único que posee la inmortalidad, que habita una luz inaccesible, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver. A él honor y poder eterno. Amén. (1Tim 6, 11-16; 2Tim 3, 10-4, 8)

El apóstol y mártir de la fe debe ser muy consciente que lo que es, lo es por gracia. El Espíritu lo conduce a la verdad plena y lo hace testigo ante las plazas y tribunales de este mundo. Y es así como está llamado a mantener el verdadero combate de la fe. Un combate que le lleva a buscar «la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre». Un combate, por tanto, para alcanzar «la vida eterna»; y en modo alguno, para conquistar el mundo o su aplauso. El combate de la fe no busca agradar a los hombres ni someterse a sus dictados.

El Papa Francisco nos recordó «los dos sutiles enemigos de la santidad». El actual gnosticismo y el pelagianismo actual (cf. GE 36-62). El santo como el mártir viven del don de Dios y lo cultivan con paciencia y mansedumbre, con la humildad y la tenacidad propias del verdadero siervo de Dios.

3.- El Espíritu de la fortaleza y la lucha por la justicia y la paz

Si el Espíritu animó la vida del Mesías, para hacer justicia a los pobres y recrear la paz entre los pueblos, ese mismo Espíritu es el que nos anima, para proseguir en la historia su mismo combate. Pero el Espíritu no sabe de partidismos e ideologías. La justicia del Mesías, como sabemos, es la propia del amor. Ella no sabe de parcialidades. La paz de Mesías no es la del poderoso que impone sus normas a los demás. La justicia y la paz andan de la mano. Ni los violentos ni los justicieros entienden que donde no se respeta la alteridad, ni hay justicia ni paz duradera. La justicia y la paz comportan el cultivo de una real comunión en la diferencia, en la que la auténtica libertad de unos conlleva la libertad de los otros. Tanto la justicia como la paz suponen dar espacio al otro para que se realice de acuerdo con su

vocación y misión. Ahora bien, esto que suena también, exige de unos y otros anteponer el interés del otro al propio. Algo que sólo se da si tenemos los sentimientos de Cristo, si vivimos de acuerdo con la lógica del Siervo, con su fortaleza, humildad y tenacidad. El apóstol lo expresa de forma plástica.

Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir. No obréis por rivalidad ni por ostentación, considerando por la humildad a los demás superiores a vosotros. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás. Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús... (Flp 2, 1-11)

4.- La fuerza de los anawim

Los anawim son **los pobres quebrantados** que han puesto su confianza en el Señor del cielo y la historia. En el Señor radica su fuerza. Lejos de dejarse abatir o de renegar de su suerte, aun cuando en momentos tengan la tentación, saben esperar en la intervención salvadora de Dios. Saben y creen que la última palabra no es la de los grandes y poderosos de este mundo, sino del Señor. No confían en sus medios y estrategias, sino en el designio de quien esperan justicia y salvación.

La oración de los salmos se presenta como la oración de los anawim. El pueblo pobre y oprimido pone su confianza en el Señor, él es su fuerza (cf. Sal 12; 21, 14; 29, 11; 30, 8; 46, 2-4; 59, 17-18; 86, 16)

Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza; Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador. Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte. Invoco al Señor de mi alabanza y quedo libre de mis enemigos. (Sal 18, 2-4) «Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía, ven corriendo a ayudarme. Líbrame a mí de la espada, y a mi única vida de la garra del mastín; sálvame de las fauces del león; a este pobre, de los cuernos del búfalo». (Sal 22, 20-22) «Bendito el Señor, que escuchó mi voz suplicante; el Señor es mi fuerza y mi escudo: en él confía mi corazón; me socorrió, y mi corazón se alegra y le canta agradecido. El Señor es fuerza para su pueblo, apoyo y salvación para su Ungido. Salva a tu pueblo y bendice tu heredad, sé su pastor y llévalos siempre. (Sal 28, 6-9) «No me rechaces ahora en la vejez; me van faltando las fuerzas, no me abandones». (Sal 71, 9) «Dichoso el que encuentra en ti su fuerza y tiene tus caminos en su corazón». (Sal 84, 6)

En la cruz, Jesús hizo referencia al salmo 22 (21). El Magnificat, al igual que el Benedictus y el cántico de Simeón, inspirados por el Espíritu, cantan la fuerza del Señor que se despliega en la humildad y humillación de los verdaderos anawim.

5.- La audacia de los humildes

Apoyados por la en la palabra de Dios, los humildes son de una audacia desconcertante. Su fortaleza y fuerza radica en el Señor. Y así asumen misiones que superan claramente las fuerzas y los medios humanos. No se atribuyen nada, pero hacen cuanto deben hacer, con la conciencia de ser siervos inútiles. En ellos se hace realidad la «ley del apostolado». Dios lleva a cabo sus obras con sus siervos pobres y humildes. Necesitamos decírnoslo todos los días. ¡Señor, si quieres un pobre, heme aquí! La persona de fe es humilde, pero también muy arriesgada. El apocado y el temerario son lo opuesto al humilde que se deja hacer por la palabra de Dios. Tanto el apocado como el temerario avanzan fiados solamente en sus fuerzas. La persona humilde lo hace apoyado en la fuerza de Dios, que se ha manifestado perfecta en la debilidad del Crucificado. El profeta Miqueas nos trazó en camino a seguir.

Hombre, se te ha hecho saber lo que es bueno, lo que el Señor quiere de ti: tan solo practicar el derecho, amar la bondad, y caminar humildemente con tu Dios. (Miq 6, 8)

6.- Aceptar la corrección de Dios

La virtud de la fortaleza depende en buena medida de la aceptación que hagamos de la corrección de Dios. Él, en efecto, nos corrige como a hijos amados. Lo hace para nuestro bien y para que participemos de su santidad. Esta corrección supone lucha. Su corrección tiene lugar a través de las mediaciones más insospechadas. El creyente cree y sabe que todo sucede para bien de los que aman a Dios (cf. Rom 8, 28). El autor de la carta a los Hebreos, tras afirmar cómo Jesús, el pionero y consumidor de nuestra fe, mantuvo una lucha a muerte y en favor de los pecadores, afirma:

Todavía no habéis llegado a la sangre en vuestra pelea contra el pecado, y habéis olvidado la exhortación paternal que os dieron: *Hijo mío, no rechaces la corrección del Señor, ni te desanimes por su reprensión; porque el Señor reprende a los que ama y castiga a sus hijos preferidos.* Soportáis la prueba para vuestra corrección, porque Dios os trata como a hijos, pues ¿qué padre no corrige a sus hijos? Si os eximen de la corrección, que es patrimonio de todos, es que sois bastardos y no hijos. Ciertamente tuvimos por educadores a nuestros padres carnales y los respetábamos; ¿con cuánta más razón nos sujetaremos al Padre de nuestro espíritu, y así viviremos? Porque aquellos nos educaban para breve tiempo, según sus luces; ***Dios, en cambio, para nuestro bien, para que participemos de su santidad.*** Ninguna corrección resulta agradable, en el momento, sino que duele; pero luego produce fruto apacible de justicia a los ejercitados en ella. Por eso, ***fortaleced las manos débiles, robusteced las rodillas vacilantes, y caminad por una senda llana: así el pie cojo, no se retuerce, sino que se cura.*** (Hb 12, 4-13)

Pidamos que el Espíritu nos ilumine y sostenga, como lo hizo con Jesús y con los santos de todos los tiempos, para avanzar con la fortaleza propia de los hijos amados por el Padre.